

# AUTOBIOGRAFIA DEL RIO ARLANZA

## PORTICO

(POR EL QUE UN INGENUO SE PASEA)

Los hombres somos, solamente, los hermanos mayores de la Creación. La vida, en cuanto es hálito, suspiro de amor, llamarada de odio, ternura o crueldad, no es privativa de los buenos. Los escritores han abusado de las vidas de los hombres y no han trabajado apenas en las vidas de los seres inferiores y de las cosas. Sólo la literatura infantil no brinda biografías de osos y de elefantes, de lobos y de conejos. Por otra parte, sólo los muy técnicos escriben las vidas aburridas de una ciudad, de un monumento o de un desierto.

Yo he escrito la vida de un río. Y digo, escribí en sentido material porque las ideas, e incluso las palabras, me las ha sugerido el río mismo. No es frecuente que los hombres hablemos con los seres inanimados, sí es que realmente existen seres inanimados. Preferimos hablar con nosotros mismos autoescucharnos, a conversar con un río, un peñasco, un árbol o un caballo. Y sin embargo, ellos tienen su propio lenguaje que nosotros no debemos desdeñar.

Este detalle de vanidad humana grita que tenemos necesidad de un alma transparente y pura, próxima a aquel estado primitivo del mundo, cuando el pecado era el compañero del hombre. Esporádicamente, alguno de nosotros vuelve al paraíso, y entonces como Francisco llama hermanos al sol, al agua y a la ceniza, y Juan de la Cruz habla en verso a las fuentes, a los oteros y a los bosques. Yo he procurado escuchar al río en toda la largura de su cauce. No desprecié ninguna de sus expresiones como no me ahorré molestias en recorrer sus orillas palpando sus aguas, tocando con el bastón de montaña sus troncos y piedras anotando sus fuentes

y aceñas, observando los lugares ribereños y a sus gentes, captando leyendas y registrando archivos.

Son cuatro jornadas: la primera desde el nacimiento del río «Arlanza» hasta que llega Salas, cabeza hoy de las viejas tierras de Lara, donde el romance se hace rosas de sangre en las Siete Infantes. De Salas a Covarrubias hay otra segunda jornada, acaso la más épica, tal vez la más llena de ecos: San Pedro de Arlanza, el buen Conde Fernán González la Condesa adúltera, la Princesa noruega y el «Divino» Vallés. La tercera jornada tiene a Lerma por eje: la villa del Duque, cohechador y manirroto ministro y cardenal, oportunista y corto. Por fin, la cuarta jornada, desde Lerma a las fraternas tierras palentinas de Quintana del Puente y Palenzuela a las que el «Arlanza» llega lento y poderoso. Son como las cuatro edades humanas, desde tibio calor de nuestras cunas al frío de los ataúdes que encierran cuerpos ancianos.

Es probable que leas esta vida del río, «Arlanza». He elegido este río, en parte, por simpatía y, en parte, por azar. Por simpatía infundida durante mis estudios, lecturas e investigaciones. Porque es un río con nervio y garra en su historia, principalmente en aquellos días del siglo X, cuando Castilla era «un pequenna ryncón»... Lo he elegido, en parte, por azar entre los ríos castellanos, el Arlanzón por ejemplo, enchido de versos y gestas. He elegido al «Arlanza» entre otras razones, por ser su recorrido de 100 kilómetros exactos.

«Autobiografía del río Arlanza». Aquí se encierra probablemente alguna originalidad. En las letras españolas hay algunos ejemplos como la Profecía del Tajo de fray Luis en los que los ríos hablan. Si fuera esta la primera autobiografía de un río, el «Arlanza» se sentiría satisfecho y quienes lean estas jornadas podrán decir que gustaron las delicias de un género nuevo.

Los méritos —si hay alguno— son del «Arlanza». En definitiva de Dios, autor de las bellezas de los ríos y de las igenuidades de los hombres.

FR. VALENTIN DE LA CRUZ, O. C. D.

## JORNADA I

Soy hijo de las nubes. Mi padre es el pinar. Desde siempre los árboles han amado a las nubes. El árbol es un gigante, paralítico de pies, pero suelto de manos. Se viste con ásperas cortezas, pero encierra un corazón tan delicado que llora su sabia por los mil poros de sus vetas y hojas, Resignado a la inmovilidad de su tronco se consuela con los peñascos y admite generoso a convivir con él a los pájaros, «ramilletes con alas, flor de espuma», sus antítesis en ligereza.

Al árbol le gusta ser padre de ríos. Cuando el árbol es un pino su paternidad es cierta, porque un árbol derecho y gracioso resulta un galán irresistible para las nubes.

Las nubes son las jóvenes coquetas y casi irresponsables de la Creación. Nacen en la abundancia del mar, que es como una de esas «casas ricas» que llamáis los hombres. En seguida lo enseñorean todo desde lo alto donde tienen por criado al viento. Alocadamente piden a este que las lleve de una parte a otra, con la venia de su padre el mar, de bonachón y orgulloso. Las nubes todo lo ven; lo curiosean todo. Y saben una cosa, juna sola cosa!: que son dueñas de la fecundidad... que son las madres de los seres. Entonces se hacen vanidosas; sobrevuelan regiones en busca de amantes y muchos son despreciados cuando las creen poseer.

En esta serranía no ocurre así. En estas alturas se ha afincado el pinar. Obsérvalo: son miles, millones de pinos robustos, varones lozanos, a pesar de los siglos. Saben esperar. Por la gran meseta castellana vienen en rebaño de nubes atlánticas. Llegan cansadas, con ese halo rubicundo de quien desea amar. Han coqueteado con la meseta dejándola yerma, pero su laçayo, el viento, no puede continuar. ¡Esta serranía es muy alta! Las nubes se rasgan en los pinos... Hay un silencio casto, un quejido de nube gironada, una recatada obscuridad... Todo queda en silencio. ¡Estoy naciendo yo!... Los serranos se esconden en los refugios de sus casas, pretextando tormenta. No tienen miedo; simplemente respetan el amor ajeno.

Yo comienzo a sentirme, a tomar conciencia de mí mismo en cada gota. Resbalo por las cortezas nudosas, me descuelgo por las púas resinosas. Somos miríadas de gotas, incontables gotas y nacemos con un destino inerte. ¡ser río! Nos abrazamos en la más ruidosa de las hermandades para seguir un círculo impresionante y severo, una ley inevitable y eterna: primero río y luego mar; después nube y luego lluvia; para volver a ser río y mar y nube y lluvia...

Nuestra hermana mayor es la tierra. Ella nos presta sus arcaduces, sus desniveles, sus remansos cálidos y las innumerables gotas, cada una en distinto punto aparecida, nos sentimos engrosar y comenzamos a sonreír en las entrañas prestadas de la hermana tierra. Todas juntas buscamos una afloración, un lugar para aparecer a la luz y al sol, que es nuestro vestido. A ese lugar vosotros lo llamáis fuente.

Yo soy el río «Arlanza». Mi nombre entraña un grave misterio para los eruditos. Alguien ha escrito que yo me llamo así por un lugarcito que existió junto a Barbadillo del Mercado y que llamaban Arlanza. La ley es contraria: los ríos dan nombres y apellidos a las ciudades. Habéis de investigar en la antigüedad y explicaros porqué la mayoría de los ríos del norte de España tienen el sufijo «on» y porqué en nuestra tierra se duplican algunas radicales de nuestros nombres: así tenéis «Arlanza» y Arlanzón; río Odra y río Odrón o Rudrón.

Mientras discutís, te diré que vivo orgulloso de mi padre el pinar. Observa el lugar maravilloso donde nazco. Las gentes lo llaman Sanza. Es una concha verde, reventona de luz y henchida de silencio. Hoy el cielo está limpio, bruñido como un espejo de plata al que rayasen las águilas. ¡Cuán impasible y altas vuelan!... El pinar esta quieto y admirado, sonriente como un padre que tiene un hijo varón. Del ambiente se desprenden los pétalos de la paz y de la poesía. A la canción de las aves y de los insectos, añado yo la música de mi nacer por las dos fuentes que contemplas. Nazco puro como el cristal de una ojiva y fresco como una flor de abril. Cuando aparezco soy un adolescente capaz de entonar una canción de amor... Los que visitan mi cuna admiran la sutileza de mis aguas, su confortadora frialdad y abundancia.

Recuerdo que, hace siglos, me llegó en la noche un grito tremendo de un loco enamorado y genial. Era como un acero afilado y el bosque lo abrió camino con respeto:

«Oh cristalina fuente  
si en esos tus semblantes plateados  
formases de repente  
los ojos deseados  
que tengo en mis entrañas dibujados».

Me estremeci en las sedas de mi cuna. Sí, yo conozco esos Ojos. Sé quienes son mis padres y cuál es mi camino. Y sé también que hay una ley de Creación, ajena a mí, estatuida por alguien que está en mí y en mi recorrido. Vosotros a ese alguien lo llamáis Dios. Yo también y le adoro con mi música, con mi transparencia, con la frescura y lozanía de mis orillas. No hace falta que forme de repente en mis semblantes plateados

los Ojos de Dios. Puedes contemplarlos en mis galas de siempre. Por eso, juntamente con el bosque, pude responder al apóstrofe del gran Poeta:

•Mil gracias derramando  
pasó por estos sotos con presura  
y yéndonos mirando  
con sola su figura  
vestidos nos dejó de su hetmosura»....

Nazco en la paz y silencio. Nazco para la alegría y el bienestar. Los que me creen hijo de la Laguno Negra se equivocan en gran parte. Yo no tengo arte en el suicidio de doña Lambra, la hembra vengativa que osó derramar sangre de sus propios hijos. Si la tragó la Laguna por parricida, su sangre no llegó hasta mí. Los siglos luengos de mi existencia me enseñan cuán distintas son vuestras cunas humanas de la mía... He de reprocharos, además, el haber torcido el curso de mis aguas, no en la geografía, sino en mi ética. Acaso habéis copiado con exceso la bravura con la que me deslizo entre las rocas o atravieso las hoces de los montes y mi corriente os ha servido para templar espadas.

Más de una vez, los espaderos de la Demanda, tras extraer de la tierra el mineral y fundirlo en una artesanía secular, venían a mi orilla a quemarme la piel con aceros candentes. Yo, siempre generoso, les prestaba mi dureza, aunque chirriando de dolor. Aquellas espadas, blandidas por capitanes épicos, cortaron romances floridos. Habrás oído que la espada de Roldán, paladín de Francia, en mí fue templada. Puedes creerlo. Te lo dice el «Arlanza».

Mi cuna ha sido un observatorio magnífico. Pasaron muchos siglos antes de que en Sanza apareciese el hombre. Fueron aquellos tiempos virginales en los que el mundo, joven y bello, no conocía la culpa. Entonces yo hablaba solamente con los árboles, como helechos gigantes, y con las rocas. Hacía mí, para abreviar su sed, venían unos seres, pájaros del cielo y monstruos de la tierra, que hoy ya no existen y cuyos restos vosotros conserváis en los museos. Yo fui testigo de sus amores y de sus furias impresionantes. Luego lo barrió todo un hálito frío y malo; hubo cataclismos y obscuridades. Aquellos seres desaparecieron; los árboles menguaron y las rocas se hendieron con música de aquel arre.

Poco después conocí al primer hombre. Avanzaba desconfiado, hirsuto y cubierto de pieles. Blandía una maza de piedra. Yo, que no había temido antes seres gigantes, ahora temblé. Y es que en el hombre prehistórico intuí vuestra inteligencia...

—Este es el hombre, —me dije sin que nadie me insinuara la palabra— Este es el hombre, el señor que debía llegar. Este será el único

que me dome, me alce, me divida y encauce. Débil de manos, fino de pies, sin el torso de hierro de los toros, el hombre se presenta con la avalancha irrefrenable de su inteligencia. Debo rendirme a él, acatarle como a rey, servirle...

Y, ya ves, fiel a mi juramento primero, yo, el río «Arlanza» soy vuestro servidor.

He visto luego, desde este borde de mi nacimiento, a muchos hombres y pueblos. En esta esplanada, sombreada por pinos centenarios, a cuyos abuelos conocí yo de niños, danzaban en las noches de plenilunio los Pelendones. Eran celtíberos rudos y nobles. Adoraban al sol y a la luna. Comían carne de caballo. Así los sacrificaban con cuchillos de pedernal. Los brutos relinchaban lastimeramente y yo recogía parte de sus entrañas y sangre, pues otra se empleaba para las libaciones rituales. Los Pelendones fueron víctima de su concepto de la hospitalidad: el más abierto. Yo notaba menos juventud y menos entusiasmo en las danzas de la luna llena y averigué la causa el día que a estas alturas llegaron sobre finos caballos unos hombres nuevos, rasurados y cadenciosos. Se bañaron en mis aguas y luego se hicieron masajear y perfumar por esclavos. Parecían educados, juristas, soldados fríos y valerosos. Has entendido que me refiero a los Romanos, en guerra de exterminio con las tribus Pelendonas, complicadas en los sucesos de Viriato y Nnmancia, la ciudad que besa con veneración ese hermano mío, mayor doctoral y barbudo, que es el Duero.

He visto pasar bárbaros; he visto pasar árabes sobre caballos ligeros como plumas. Más la presencia de este pueblo la he vivido tan profunda a lo largo de mi caudal que tendremos ocasiones innúmeras de referirnos a ellas. Desde hace un milenio las gentes que aquí viven son substancialmente las mismas: los serranos.

Forman un pueblo magnífico, erguido como el pinar, generoso como los prados que yo les riego. Los serranos constituyen un pueblo intacto y resistente, piadoso y montaraz. Yo he visto sus cuadrillas de leñadores, de cazadores y guerrilleros. Y te juro que siempre me confundo con ellos y hasta que oigo el quejido del árbol, el aralido del lobo o el grito patriótico, no sé qué es lo que han de ejecutar estos hombres. Río abajo, te contaré lo que con estos hombres excelentes hicieron los caudillos de mis riberas: Fernán González, don Jerónimo Merino, el «zelotes» de la Tradición y otros.

Aquí acuden a festejarse. Traen las amplias ollas de bronce relucidas, que desbordan de carnsro y patatas. Hasta los montes se sienten tentados de gula cuando los valles huelen a sopa serrana. Comen copiosamente, beben en competencia, cantan y danzan hasta que anochece.

Estas fiestas campestres eran antes menos frecuentes; pero desde que se abrió la carretera de Neila, este pueblecito pintoresco y legendario, con indudables reflejos árabes, y se ha hecho turística la Laguna Negra, no pasa día del estío sin que mi nacer no sea amenidado con este programa. Hasta los Cuerpos Forestales españoles prefieren este lugar y el refugio a mi derecha ves no es un lugar siempre vacío.

Los excursionistas trepan hasta la gruta que llaman del Relicario y algunos se dejan engullir por ella. Esa gruta la hice yo pacientemente. Las gotas que por allí nacen juegan a esconderse en la roca calcárea. Esta diversión de siglos ha formado una oquedad de estalactitas y estalagmitas. Sin los desaprensivos visitantes que la han ennegrecido con teas y desfigurado, arrancando figuritas, la cueva del Relicario sería una interesante curiosidad. Sólo eso. Te han contado en el Bar «Colorín» de Quintanar que ahí se hacía justicia y que alguna vez que ahorcó allí un sacerdote. Te dijeron que aún se veía la sogá... Te dijeron esto y no lo creíste e hiciste bien. Como igualmente acertaste al sonreír cuando un viejo serrano te afirmó que Sanza era una fuente por la que salía agua del mar. Mi agua sutil y huidiza no es aguamarina.

Apenas nacido, mi andar de infante discurre ante pinos. Los dos ojos, por donde la tierra me alumbra, forman un caudal apreciable. A un kilómetro de mi cuna recibo, en invierno, las aguas del torrente Cambrones. Sus aguas no son oportunas ni limpias, pero está clara su buena voluntad.

Mi cauce discurre reflejando estrellas cuando el ramaje me lo consiente. Pero dos kilómetros, abajo del Cambrones, los Ingenieros Forestales han tendido un puente, que es como una brida para mi ansia de cielos claros. El paisaje es tan bello que, junta a la carretera se ha alzado un mirador para que se puedan abrazar con la vista una panorámica envidiable.

Enseguida llevo al pozo de las tres Princesas. Yo lo he hecho pacientemente al despeñarme por encima de tres rocas de granito. Bajo ellas anido en remanso idílico de espuma de tres metros de profundidad. Los bañistas saben en la canícula que ese pozo es una delicia. La leyenda habla de un jefecillo moro, guardián de la frontera que desmoronaba Fernán González. El árabe tenía tres hijas núbiles, graciosas como las palmeras, que aquí venían a suavizar y matear las blancas láminas de su piel. Inopinadamente, aquí se tropezaron un día con un capitán cristiano e inopinadamente —así es el amor en los hombres y en las cosas— quedaron prendadas del bizarro cristiano, cuya galantería y fabla acabó de fulminarlas. Una esperanza irremediable traía cada mañana a las doncellas a este pozo. El cristiano no apareció más y ellas siguen esperándolo, con-

vertidas en roca, a la que pulo con cariño. Esta leyenda es uno de tantos perfumes de mis riberas.

Cerquita, está la piscifactoría. Habrás notado el fognazo plateado de las truchas casi desde Sanza. Los peces son una de tantas paternidades de los ríos. Somos como una mesa puesta en la que caben innúmeros hijos. Un río que quiera dialsgar con honor, con la frente de sus aguas levantada, ha de ser padre de peces y crustáceos, de aves de sangre fría, de animales anfibios, de riberas con prados y verduras. Ultimamente nos ha nacido a los ríos un hijo extraño y fulgurante: el kilowatio, sobre el que los hombres del siglo XX habeis instalado vuestra comodidad.

En este tramo yo soy un río truchero. La trucha, este salmón enano, es mi hija predilecta, como es predilecta para el gusto de los humanos. Estas tierras que ves fueron un día señorío de los Lara y luego de los Velasco, Condes Estables de Castilla. Estos grandes señores de las centurias idas acotaban en su provecho las truchas que yo generosamente criaba. Los lugareños las veían perseguir a saltos a las libélulas sin atreverse a capturarlas, dadas las severas órdenes.

En Quintanar debía haber alguna excepción, pues puedo contarte como en 1634 mis aguas estuvieron a punto de enrojecer con sangre vuestra: Don Juan de Neila, hijo del señor de Quintanar de la Sierra, se atrevió a recordar a los vecinos antiguas prohibiciones. Pero las gentes, airadas, estuvieron a punto de lincharlo y arrojarlo a mis aguas. Debió la vida al caballo que lo alejó del tumulto.

Mi afluente el Pedroso cría truchas tan exquisitas que —te informo para tu ilustración— el Muunicipio de Burgos mantenía el monopolio de estos salánidos, reservándolos para los visitantes regios de la capital.

Comprenderás que yo amo a la trucha no por su vocado, pues no soy un dios Saturno que devore a mis hijos, sino por su agilidad, su color y su andar sutil. Hasta soy complaciente con el mal genio de estos animalitos. Es muy difícil ser humilde sabiéndose a agradable y sabroso....

La trucha me acompaña en estas alturas límpidas y frías. Cuando te cuente mi vida por las llanadas de la meseta, veras cómo otros peces: carpas, barbos y bogas, rayan el cristal de mis aguas. Esta Piscifactoría de Quintanar, ha merecido la atención de las autoridades competentes y yo espero que la familia de mis pobladores aumentará y vuestro gusto se verá con más frecuencia complacido.

Quintanar de la Sierra es la primera villa de mis riberas. Es como una primogénita deseada y yo la demuestro mi cariño rodeando con el brazo de mis aguas su cintura. Aquí describo una hoz amplia, con una tierra de hierbas jugosísimas, secreto de ese ganado serrano que tanto im-

porta en la economía de la región. Desde mi orilla el altozano, en el que el pueblo se asienta, es como una prisma que permite curiosarlo todo.

Yo estoy orgulloso de Quintanar porque es limpio, progresivo y elevado. Como núcleo de población (3.500 almas) es el más numeroso de los que visito en mis 100 kilómetros de vida, Quintanar vive de los pinos, con las industrias que se derivan de ellos; del ganado vacuno del verano y del comercio comarcal. En mis orillas se alzan factorías madereras, la primera a cinco kilómetros de mi nacimiento, y alguna, como la serrería de Disontillas, abajo de Quintanar, aun muevo con mis aguas las ruedas que animan sus correas. Así te lo explicó su propietario, Máximo Andrés, que bien oí lo que hablabáis tras los chopos.

En estas alturas el verano es encantado y reconfortante. Así lo sienten los acampados del «Rodrigo Díaz», antes de Quintanar, y los chicos del «Amigos siempre», ya en término de Vilviestre. Yo me regocijo con la muchachada que cada verano llena mi orilla con sus canciones y fuegos de campamento. Cuando al mediodía recibo en mi cauce a los jóvenes para su baño diario, yo, joven como ellos, soy un camarada más que los acaricio, salpico y refresco.

En Quintanar se precisa un hostel, al que en verano acudirían gentes buscando frescura y en invierno los amantes de la nieve, tan copioso en estas alturas. Tu has visto que «Cristóbal» no es casa suficiente para las atenciones que hoy se exigen. A Quintanar, pienso desde mi rincón, le falta un detallito: estudiar el modo de elevar su iglesia, por otra parte de tan excelente nervatura, con tallas de mérito y un altar de la escuela Churriguera. Pienso que una elevación discreta ayuda a alzar la oración al común Señor de los hombres y de los ríos.

Al abandonar Quintanar de la Sierra y la ancha hospitalidad de sus gentes, condición que se percibs a poco de llegar allí, yo me encuentro con los chopos. Yo no sería un río castellano sino me escoltara con chopos. El chopo es el cirial del río. Los ríos galantes, bríosos e hidalgos, gustamos de platicar de amores con la luna, si nuestras madres las nubes lo consienten. Yo fabrico remansos, donde semejo un cofre de plata quieta, para recoger el oro de la luna en las noches claras. Y me gusta alumbrar la palabra con chopos como estos, sobre todo cuando en otoño ellos también se visten de dorada melancolía y dejan caer cual gotas de cera, sus arrigadas hojas, produciendo un leve temblor en mis aguas y en los bordes de la luna reflejada en mi.

No me quitéis los chopos... Lo amo tanto como Machado a los del Duero y como no puedo escribir en sus cortezas ni imprimir en ellos la cifra de mis amores, los mantengo con mi humedad y me divierto cuando los cangrejos se instalan en sus raíces. Lo frágil y melancólico, lo erguido y esbelto son objetivos que se substantivan en los chopos.

No muy lejos de la serranía de Disontillas concluye el término de Quintanar y se abre para mi cauce el de Vilviestre del Pinar. Son sotos rumbos donde canto coplas bucólicas en el viejo molino de Cesáreo Condado y allí donde han instalado el campamento «Amigos siempre». Las gentes de Vilviestre animan estas praderías y, cuando no vienen, oigo la música de sus bailes en el pueblo. El Puente de piedra de la carretera a Vilviestre, que aquí cerca se desgaja de la de Salas a Neila, es todo un centro de recuerdos para mí.

Vilviestre es un pueblo retirado que, antaño, lo fue mucho más. Hace 150 años Vilviestre se perdía en el pinar. Pero aquí hallaron su mérito los buenos patriotas que luchaban contra los invasores franceses. Mucho tengo que referirte de aquellas jornadas, pero ya que hemos llegado a este puente te diré mi perfecto recuerdo del paso de la Junta Provincial de Defensa, camino de Vilviestre, como lugar seguro para su labor patriótica. Eran hombres de rostro sereno y decidido. Los ví pasar y los ví volver altivos, aunque prisioneros del intruso, que en el Arco de Santa María de Burgos puedes leer una lápida que recuerda el ahorcamiento que a algunos infligieron. ¡Loor a ellos!

Bajo este puente he contado pasos de guerrilleros. Hombres magníficos, duros como granitos y blandos como niños. Yo los ví llorar y recogí sus lágrimas al comentar las desgracias de la Patria española... Eran labriegos de la meseta y vaqueros de la serranía. Aguantaban el frío, el hambre y las represalias de los franceses. Cuando calmaban su sed en mí, yo me sentía patriota. Los mandaba Merino, don Jerónimo Merino y Cob, el de las calumnias y de los romances. El cura de Villoviado chapoteó mil veces en mis aguas. Don Jerónimo cabalgaba siempre con un caballo de refresco a la vera del que él montaba. Yo nunca lo ví dormir, ni descansar, ni comer, ni beber... Era acero puro, pedernal sin mezcla, roble sin grietas.

Aunque por poco tiempo también por esto orilla vivaquearon los franceses. Thiebault, francés de buen sentido, gobernador de Burgos por Napoleón, envió a sus dragones, mercenarios polacos, pero y aparte de abusar de las mozas de la serranía, no alcanzaron éxitos que justificaran su presencia.

De Vilviestre, por veredas de chopos y rebladales, festoneados de pinos, alargó mi recorrido hasta Palacios de la Sierra. Tierra húmeda, en la que hierba abundante alimenta mucho ganado mayor. De vez en cuando algún malino. A los ríos no nos agrada que nos coloquen molinos, precisamente por las muelas. Es como condenarnos a trabajos forzados. El agua ha de precipitarse desde determinada altura y enferecerse para mover la pesada piedra. Mucho nos consuela el saber que ayudamos a la

elaboración del pan, ese alimenticio símbolo. Y nos adormece el rirruneo de la tolva; por eso habrás notado que abajo del molino, las aguas se deslizan mansas y orgullosas.

A Palacios de la Sierra lo parto «por la gala», en dos. El poblado antiguo queda a mi izquierda. La piedra ennoblece las casas y, en lo alto, se yergue la excelente mole de la iglesia. También la quisiera más alta. Tiene una buena portada, estilo Renacimiento y algunas tallas extraordinarias, como la Virgen del altar mayor, de pura traza gótica. El púlpito por ser de piedra historiada, sueña oradores rotundos y prolongados.

A mi derecha queda el barrio reciente con sus cerámicas. Allí está la posada de María Marcos, mujer guapa en su juventud, que trata a la gente con confianza, sirve como piden y cobra barato. María Marcos piensa desde hace años establecer un bar, porque tiene las bebidas refrescantes en una fosa de serrín mezclado con trozos de hielo. María Marcos, la posadera, es viuda. María Marcos está suscrita a «Diario de Burgos». María Marcos tiene una almirez de bronce, pero no lo vende.

Los barrios de Palacios de la Sierra están unidos por un puente de ojos desiguales. No me gustan las cosas sin estética y calladamente he ido remivido los pilares de piedras. Tal es su grado de inseguridad que lo dan por perdido y están tendiendo otro. Me alegro. Como antes del puente de Vilviestre recibí al Zumel; al dejar Palacios me entrega sus aguas el Vadillo. Ambos me llegan por la orilla izquierda.

Parece obvio que, en la trayectoria más o menos rectilínea que ha seguido, yo visitara ahora Castillo de la Reina. Y no es así. Los ríos, como las mujeres, tenemos caprichos que luego no sabemos explicar. Cruzo la carretera Salar-Neila a casi una legua de Palacios y abandono el término de Castrillo sin apenas tocarlo. Me hubiera agradado ser testigo de las andanzas de cierta reina castellana en esta villa. Afirman los lugareños que hubo en Castilla un matrimonio real mal avenido y que para no exacerbar sus diferencias, el monarca se estableció en Huerta, llamada desde entonces del Rey, y ella se vino a Castrillo al que, por eso, apellidan de la Reina.

Mi camino es ahora bravío y solitario. Te confieso que a veces siento el miedo de si me robarán el agua. Son dos leguas de asperezas, moteadas por algunos rebaños a los que acosan lebos. Me derrumbo entre peñascos salpicando con mi espuma a los hayedos y enebros bienolientes. En verano me distraigo con los colores de los lagartos, que seestean en las piedras calcinadas. Atravieso una comarca temerosa, sobre todo en invierno, cuando un cierzo sin entrañas espolvorea de nieve las laderas.

En tiempos pasados tenían estos lugares una fama terrible. A mi derecha se hallan las ruinas del monasterio franciscano de Santa María de

Alveinte, famoso en su Orden y en otras por la aspereza de vida que allí se practicaba. En los primeros años del siglo XV recorría estos parajes un fraile austero y de espíritu alto. Se llamaba fray Lope de Salinas, burgalés, de la noble estirpe de los Salinas, emparentados con los Condes de Haro, señores del alfoz de Lara.

Fray Lope era alumno de uno de los hombres más selectos y desconocidos de Castilla: Pedro de Villacreces, tan penitente como los eremitas de la Tebaida. De esa escuela era San Pedro de Regalado. Yo siempre he tenido en gran estima a los hijos de Francisco de Asís porque creo que en el «pobrecillo», cantor de la naturaleza muerta y hermano de todas las cosas, tenéis una de las cúspides humanas.

Fray Lope se entusiasmó con esta soledad agreste en la que una ermita era el único testimonio de civilización. Se la pidió a los poderosos señores y le fue concedida amablemente. Se halló una fuentequilla, que aún llamañ de los frailes; se tendió sobre mi lomo de cristal una puentecilla de madera, que duró hasta este invierno; se labró un terreno para huerta donde se cosechaban las hortalizas para la pitanza conventual y hasta se plantó una viña en la ladera que daba un vino flojo y desazonado. La vida era penitentísima.

Fray Lope murió de una mala fiebre el 24 de febrero de 1463 y Alveinte tuvo un destino escasamente halagador: los religiosos díscolos, poco mortificados y raramente cumplidores de sus leyes, eran enviados a estas breñas. Como se les exigía una observancia implacable aquellos frailes sin vocación se apostrofaban unos a otros:

«Fraile, ¿qué hiciste  
que Alveinte viniste?» ...

Alveinte tuvo un fin digno de su fundador. La conocida Junta Provincial de Defensa trashumaba por la serranía ocultándose de los pesquidores franceses. Estos vivían escamadísimos, pues llegaban siempre cuando la Junta ya había desaparecido y actuaba desde otro lugar. En 1810 se situó en Alveinte. Sabes que allí despachó diversos asuntos y dirimió una bronca colosal entre el párroco de Silos y el P. Moreno, salvador de aquel monasterio celeberrimo. Pero ese mismo año una columna francesa, guiada por un español indigno, saqueó Alveinte y lo incendió. Un sólo religioso perseveró allí hasta venerable ancianidad. Hoy Alveinte es un melancólico rincón donde el ruido de mis aguas de desparrama por alguna ojivas resquebrajadas.

Cerca de Alveinte, también abandonada ya, se alza la presa y central eléctrica de los Medrano. Las presas son los frenos de los ríos. Pero con gusto nos dejamos detener si nuestro sacrificio es compensado con la

presencia de nuestra energía en los hogares y en las calles de las ciudades. Los kilowatios con nuestro orgullo de hoy. Y yo ahora me deslizo con tristeza por este salto que me hacía comparecer en las aldeas y en las fábricas, satisfaciendo mi afán de conocerlos a los hombres. Cuando uses la electricidad piensa en el río que está presente en ella.

Terrazas es un lugarcito de 17 vecinos que acabará despoblándose. No tiene cura, ni taberna ni escuela... En el curso actual sólo había un alumno. Las tres únicas mozas, cuyos rostros morenos y un poco picarescos, yo reflejaba mientras lavaban las ropas, ya no están. Los que quedan son personas piadosas y sencillas. Al no tener cura, ellos se reparten por semanas las llaves de la Iglesia para tocar a las oraciones por la mañana y el rezo de ánimas por la tarde. La iglesia tiene una portada románica de mérito indudable y está dedicada a Santa Eugenia, sentada en el altar barroco. Viníendo de Alveinte hay una ermita con santos franciscanos, traídos del incendiado convento.

Yo recojo y repito con cariño el tilín-tilán de las campanas de Terrazas y, describiendo un amplia curva entre rocas plegadas, testimonio de anteriores cataclismos, me presento en Castrovido. Aquí está el ayuntamiento, con Terrazas y Arroyo de la Sierra, como anexos. Aquí hay taberna, obscura, solitaria y escasa. Hay maestra, pero ya no vive el cura. Son 25 vecinos.

El caserío sigue siendo de piedra y en el pueblo hay un milino acallado. Sobre el pueblo, en la cima de un calvero arisco se alza la torre del Castillo de don Vito, o don Víctor, que ha dado su nombre al pueblo. El gigantesco torreón está rajado y yo admiro la ley de su equilibrio. Cuando soplan los vientos invernales mi temor es ver desmoronarse sobre Castrovido las altas almenas. Somos buenos amigos el castillo y yo. Cuántos veces le cuento las idas y venidas de los cabelleros de don Vito antes o después de las algaras en tierra de moros.

Pasado Castrovido se me abre con solemnidad la tierra de Salas. Me da la sensación de que acabo de ser agreste para convertirme en cortesano. Y al llegar a Salas, por delante de la iglesia de Santa Cecilia, me atuso la pechera de mis aguas como si fuese a entrevistarme con un importante personaje.

## FIN DE LA JORNADA I